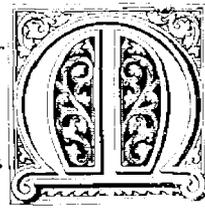




aceta



édica de



éxico

PERIODICO DE LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA.

TOMO III.

MÉXICO, 1º DE MAYO DE 1903.

2ª. SERIE.—NUM. 9.

## ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA.

### ASUNTOS CIENTIFICOS

QUE SE TRATARON EN LA

SESION DEL DIA 1º DE ABRIL DE 1903.

#### PRESIDENCIA

DEL SR. DR. D. NICOLÁS RAMÍREZ DE ARELLANO.

#### EL COLARGOL.

El Dr. Ramírez Arellano, Nicolás, hizo uso de la palabra, refiriéndose al colargol. Se ha dicho que esta substancia es soluble en el agua, en la proporción de 1 á 25. En esa proporción no se disuelve; sino que queda en suspensión y su acción es de presencia; como el musgo de platino. Para hacer una inyección intravenosa se recomienda dejar que se hinche en agua, agitar y dejar reposar. Sólo se debe emplear la parte que sobrenada.

Hace diez días asistió á un enfermo de erisipela que había invadido la nariz, el carrillo y el labio superior. La temperatura era de 42°, 2. Por la dificultad de procurarse rápidamente en la farmacia, la solución de colargol, prescribió una pomada al 15%. Al día siguiente la temperatura había bajado á 37°, 6 y luego se hizo normal. Netter refiere que á veces, la enfermedad se detiene bruscamente, otras, con lentitud, como en la peritonitis puerperal, y en otros, aun cuando dure la enfermedad, hay un estado de bienestar.

El Dr. Gavino dijo que atendió á un francés que tenía gripa y que después sobrevino una bronconeumonía y que se la cuidó mal. Su temperatura era de 39°, 5. Tenía cefalalgia. Neumonía en todo el pulmón izquierdo, y en el derecho, focos diseminados. Encontró neumococos, estreptococos y el bacilo de Pfeiffer. El enfermo tenía delirio furioso. Los medicamentos usuales no produjeron cambio favora-

ble. Hizo una inyección de 1 centígramo y después una de 2 centigramos y otra de 3 de colargol y se disponía á hacer una de 4 centigramos, cuando el enfermo murió.

Dr. Mendizábal.—Se dice que el colargol es soluble al 1/25, no lo es; sino que queda en suspensión. Debe dejarse el depósito del fondo. El calor coagula al colargol. Esta substancia impide las fermentaciones. Los granos de trigo no germinan en vasos de plata. Su acción, de presencia, parece catalítica pero aumenta la fagocitosis. La plata ocupa el cuarto lugar entre los metales bactericidas. Las monedas de plata son las que contienen menos microbios. En un caso de fiebre tifoidea observó un bienestar notable, con pomada y píldoras de colargol; aun no está el enfermo curado; pero va mejorando. La pomada se absorbe notablemente. Se debe de limpiar primero la piel con jabón y hacer massage, por 10 ó 15 minutos. Por inyección hipodérmica no se absorbe; sino la décima parte que por la piel. En el Hospital Juárez, de dos mujeres y dos hombres, murieron las dos mujeres; el hombre que estaba grave tiene una temperatura menor. En los tuberculosos no da buenos resultados.

J. P. GAYÓN.  
Secretario.

## IMPORTANCIA

DE LA

## HISTORIA DE LA MEDICINA.

Disertación leída en la Academia Nacional de Medicina, en la sesión del día 4 de febrero de 1903, por Tomás Noriega.

“Ninguna ciencia, dice el eminente historiador César Cantú, satisface tan completamente como la historia la inmensa necesidad de lo

verdadero, de lo bello y de lo bueno que la humanidad siente más imperiosamente á medida que más adelanta en su camino."

Con razón dijo el gran orador romano que la historia es testigo de los tiempos, escuela de la vida, libro de la memoria y luz de la verdad; y A. Lenoir que es antorcha de los tiempos, depositaria de los sucesos, intérprete fiel de la verdad, y fuente de los buenos consejos y de la prudencia.

En efecto, en la historia se reflejan como en terso y límpido espejo los vicios y las virtudes, los errores y los triunfos, las relajaciones y las heroicidades que ha experimentado la humanidad en la serie no interrumpida de las edades, proporcionando utilísimas enseñanzas á los pueblos y á las generaciones.

Entre los géneros de hechos particulares en que se divide la historia universal, ocupa lugar preferente la historia de las ciencias: en ella se aprende el modo cómo fueron constituidas: el enlace más ó menos íntimo que tienen unas con otras, como ramas de un mismo tronco: la independencia de que gozan: el apoyo que se prestan: el influjo que han recibido del espíritu filosófico que en cada época ha predominado: y el método á que han debido sus más positivos adelantamientos.

Así, pues, la medicina tiene también su historia, y mantiene con las otras ciencias necesaria correspondencia: recibe ayuda valiosa de las físicas y naturales, y suministra á las sociales datos de la mayor importancia para el régimen de los pueblos, y en sus voluminosas páginas ha consignado todas las vicisitudes que hubo de experimentar desde los remotos tiempos de su fundación hasta la época presente.

"Para estudiar y practicar convenientemente la medicina, dice Cabanis, es preciso darla importancia: y para darla verdadera importancia es fuerza creer en ella." Estas palabras de tan erudito médico y filósofo tienen un sentido profundo, y constituyen, puede decirse, la base moral de toda la práctica médica.

El médico, en efecto, debe tener confianza en la eficacia de su arte; de otro modo no podría ejercerle con la atención, el celo y la perseverancia necesarios.

Es, pues, indispensable que los médicos formen oportunamente un juicio razonado acerca del grado de certidumbre y de eficacia á que puede llegar la medicina: pero los motivos de

este convencimiento no pueden tomarse en más segura fuente que en la historia de esta ciencia.

En sus albores la medicina fué definida: "el arte de curar." Consistía entonces en la sucinta descripción de las enfermedades observadas, y en la indicación de los remedios empleados para combatir las. Estos dos capítulos que corresponden á lo que hoy se llama *nosología y terapéutica*, no consideran al hombre sino en el estado de enfermedad.

Más tarde fué poco á poco engrandeciéndose el cuadro de las enfermedades; las descripciones nosológicas se tornaron por esto, más extensas, más perfectas y más numerosas; y las indicaciones terapéuticas más precisas. Comprendióse que, para conocer bien al hombre enfermo, era preciso conocer al hombre sano; y desde luego el conocimiento de las partes del cuerpo humano y de su funcionalismo, es decir, la anatomía y la fisiología normales, se hicieron ramas importantes de la ciencia médica.

Aprendióse, asimismo, en el gran libro de la experiencia, que es siempre más ventajoso y á menudo más fácil prevenir el desarrollo de ciertas afecciones morbosas, que combatir las una vez declaradas: por tanto, los médicos estudiaron esta fase de su arte: establecieron reglas para conservar la salud, y el conjunto de esta doctrina constituyó una nueva rama del arte que se llamó *Higiene*.

Llegada la ciencia á este punto de su desenvolvimiento encontróse que la primera definición era ya incompleta y se la substituyó con esta otra: "La medicina es una ciencia que tiene por objeto la conservación de la salud y la curación de las enfermedades."

Aquí se detuvieron largo tiempo las lindes de la medicina, presentando no obstante amplio y riquísimo campo á las investigaciones de los sabios; pero en no muy remota época, dos ramas interesantes han brotado, como dice el historiador Renouard, del tronco majestuoso de la ciencia que se ocupa en el hombre físico: la primera se llama *ortopedia* y enseña á corregir ciertas deformaciones exteriores ora congénitas, ora accidentales. La segunda se llama *frenología*, voz griega que significa discurso acerca del pensamiento, pero se toma aquí por pensamiento el órgano que preferentemente sirve para su manifestación. Creen los frenólogos que la manifestación de las facultades del alma depende de la forma y el vo-

lumen de ciertas partes del encéfalo, y esperan determinar por el examen exterior de la caja encefálica, la forma y el volumen del órgano y, por ende, el grado de desarrollo de las facultades correspondientes. Si la frenología pudiese realizar alguna vez estas promesas, podría tornarse en utilísimo auxiliar de la educación física y moral del hombre.

Sea de esto lo que fuere, la segunda definición que de la medicina se ha dado, parece actualmente insuficiente y se la podría reemplazar con ventaja con la que hace más de medio siglo propuso el Dr. Renouard: "La medicina es una ciencia que tiene por objeto la conservación de la salud, la curación de las enfermedades y el perfeccionamiento físico del hombre."

Concebido en esta forma el ideal que la ciencia médica procura realizar, resulta sobremediana interesante, y merece fijar muy seriamente la atención, no sólo de los que especialmente la cultivan, sino de las estadistas, los filósofos, y en general de todos aquellos que comprendan las ventajas de una buena salud, y la influencia que en lo físico ejerce lo moral.

La medicina debe considerarse como profesión, como arte y como ciencia.

Como profesión, fué ejercida primitivamente por los jefes de familias, de tribus y de naciones, por guerreros y legisladores. Más tarde fué unida al sacerdocio; cultivada y aun practicada por los filósofos. En fin, llegó á constituir una profesión especial, autónoma, dividida más tarde en varias secciones.

Como arte, es decir, desde el punto de vista de las reglas que han sido establecidas en diferentes épocas para la conservación de la salud y la curación de las enfermedades, ha seguido un curso rigurosamente progresivo desde su origen hasta la muerte de Galeno. En seguida permaneció algún tiempo estacionaria ó acaso hasta retrogradó un tanto, á lo menos en Europa, hasta fines del siglo XIV de la era cristiana; toma después notable incremento y se perfeccionó sucesivamente hasta la época actual.

Nada más frecuente que la negación de este progreso por personas indoctas en medicina; pero á la vez nada más inexacto. La terapéutica es la parte realmente activa de la medicina, la que resume y encausa todos los progresos que realiza, pues bien, dirijase una mirada so-

bre cualesquiera de las múltiples dolencias que aquejan á la humana especie, compárense con los antiguos los modernos tratamientos, y se quedará profundamente persuadido de los grandes, de los inmensos adelantos realizados. ¡Pero es tan fácil olvidar los beneficios! Seguramente los nombres de Atila y Napoleón son más conocidos que los de Jenner y Lister.

Como ciencia, es decir, en la esfera de la teoría, la medicina presenta el triste espectáculo de una nación anárquica: muchas teorías aun de las más absurdas han reinado sucesivamente sin que alguna de ellas llegare á dominar por completo; la teoría, dice un historiador de la medicina, es una arena de discusiones interminables, una verdadera torre de Babel, es la manzana de la discordia para los médicos.

El primer historiador que haya acometido la penosa labor de desembrollar el laberinto de las teorías médicas, Sprengel, llegó á esta extraña conclusión: "que el escepticismo en medicina es el colmo de la ciencia, y que el partido más sabio es mirar con indiferencia todas las opiniones sin aceptar ninguna." Felizmente debemos considerar como absurda ó irracional esta desconsoladora conclusión; la duda no es, no puede ser la última palabra de la ciencia, sino su comienzo, su punto de partida. Así lo enseñan Aristóteles y Descartes.

Alguna vez se impone la duda en lo que atañe á ciertas verdades de orden especulativo; pero no en lo que concierne á las proposiciones destinadas á regular la conducta del médico práctico: éste se mira precisado á obrar á impulso de una convicción más ó menos fuerte: se puede por ejemplo, dudar si un fenómeno dado es la expresión de un trastorno dinámico ó material de tal ó cual órgano, pero cuando en el lecho del enfermo se trata de combatir aquel fenómeno anormal, no hay posible término medio entre prescribir algo ó no prescribir nada; es pues ineludible elegir algo, y toda elección supone un motivo determinante más ó menos poderoso. El escepticismo puro, es pues, imposible para el que se encuentra á cada momento en la necesidad de tomar una resolución de la cual puede depender la vida de sus semejantes.

Las ciencias, he dicho antes, no son organismos aislados y absolutamente independientes unos de otros; sino que, por lo contrario mantienen estrechas relaciones entre sí: por tanto, no es raro que sean simultáneos sus

adelantos. Sin embargo, desde este punto de vista, la medicina hizo una excepción.

En efecto, vióse en Europa durante la edad media, la teología y la dialéctica cultivadas con éxito, en tanto que, otras ramos de los conocimientos humanos, especialmente la medicina yacían aletargadas en profundo abatimiento; mas á partir del siglo XIV las ciencias y las artes recobran nueva vida, y preparan el renacimiento de la medicina los sabios médicos llamados *eruditos ó humanistas*. En la historia de las teorías médicas hay un hecho de capital importancia: que son derivadas más ó menos directamente de los sistemas filosóficos. Por lo mismo, vanamente se pretenderá conocer exactamente aquellas teorías, si se ignoran las fuentes filosóficas que las han engendrado.

Los principales sistemas cosmogónicos de la antigüedad pueden clasificarse en tres grupos:

1º Los unos, á la cabeza de los cuales debe colocarse el *pitagorismo* representan el universo como poblado por principios activos é inteligentes que animan, dirigen y gobiernan cada substancia material, en cierta dirección determinada, y para realizar cierto fin preconcebido: así, el animal, el vegetal y aun el mineral, tienen cada uno su espíritu vivificador. Encima de estos principios secundarios asienta el principio supremo que vigila el conjunto, armoniza las individualidades y las hace cooperar al fin general.

2º Otro grupo de filósofos considera la formación del universo como un puro efecto del azar; esta secta, fundada, á lo que parece, por Leucipo y Demócrito, pretende explicar los fenómenos de la naturaleza sin la intervención de ningún principio inteligente; niegan que las diversas substancias hayan sido creadas, ni tengan que realizar un fin preconcebido, y se mojan de lo que en el lenguaje filosófico se llama: *las causas finales*.

3º En fin, la tercera secta cuyos fundadores fueron Parménides y Pirro, creyendo encontrar en las propiedades y condiciones de los cuerpos, razones igualmente poderosas para admitir ó rechazar la existencia de principios inmateriales é inteligentes, enseñaron que lo más sabio era dudar: "¿Por qué razón, dicen estos sectarios, torturar el espíritu para comprender lo que está por encima de nuestra inteligencia? La investigación de los principios ó de las esencias primeras no ha engendrado

hasta aquí sino disputas tan inútiles como interminables. No tenemos, como conocimientos reales, más que nuestras sensaciones, cuya exactitud objetiva nada nos garantiza exteriormente." Tal es, en sus rasgos más generales, la doctrina filosófica de esta secta que se denominó escéptica unas veces, zetética otras, para indicar respectivamente la duda perpetua que era su profesión de fe, ó su deseo de conocer la verdad sin lisonjarse nunca de haberla encontrado.

A estos tres sistemas de filosofía correspondieron, en la antigüedad, otros tantos sistemas de medicina

1º El primero, si no fué fundado por el ilustre médico de Cos, justamente proclamado como el padre de la medicina, fué cuando menos formulado en más fundamentales principios y transmitido por él á la posteridad. El pensamiento capital del hipocratismo ó naturismo hipocrático es éste: "Hay un principio simple, y múltiple en sus efectos, que preside á toda la economía del cuerpo, y que produce en ella los contrarios; hace la vida del todo y de las partes." Este mismo pensamiento constituye el fondo del vitalismo moderno defendido con inusitado talento por la escuela de Montpellier.

Hipócrates es eminentemente *naturista*; admite un principio ó una fuerza natural que tiende á restituir á sus primitivas condiciones, los organismos que experimentan los efectos de las causas morbígenas; de aquí la sencillez de su sistema terapéutico, injustamente calificado por Aesclepiades como una meditación sobre la muerte.

Pinel, célebre nosólogo del siglo antesado, expone la doctrina del estado morbozo según los principios del más puro hipocratismo, cuando dice: "La enfermedad debe ser considerada, no como un cuadro constantemente en movimiento, como un conjunto incoherente de afecciones renacientes que es preciso combatir sin cesar con remedios, sino como un todo indivisible, desde su principio hasta su terminación, cómo un conjunto regular de síntomas característicos, y una sucesión de períodos con tendencia natural frecuentemente favorable y á veces funesta."

Como se ve, la escuela hipocrática, que nos presenta la enfermedad como una serie arreglada de acciones y movimientos suscitados por un principio vital, con una intención mani-

fiesta, tiene estrecha conexión con la filosofía pitagórica, y esta conexión aparece tanto más notable cuanto más se considera en sus pormenores el sistema de Hipócrates.

2º El segundo sistema de la antigua medicina fué fundado por Asclepiades, formulado por Thémison y practicado entre otros muchos por Tésalo, Sorano de Efeso y Celio Aureliano. Recibió el nombre de *Metodismo*.

A diferencia del anterior que casi sólo consideraba las enfermedades agudas, el metodismo dió gran importancia á las crónicas, es decir, á las enfermedades en las cuales la fuerza medicatriz de la naturaleza es á menudo imperceptible. Quizá por esto Asclepiades negó la existencia de esta fuerza y ridiculizó, desde este punto de vista, los dogmas hipocráticos.

Seducido por la indocta sencillez de la filosofía atomística de Demócrito, que Epicuro había renovado y explanado, ó acaso más bien, como insinúa Broussais, por halagar el gusto de los romanos á quienes agradaba aquel sistema filosófico, se apresuró á aplicarle á la medicina.

Representó el cuerpo humano como abierto de una infinidad de poros á través de los cuales circulaban átomos de diversas formas y tamaños. Estos corpúsculos, sobre manera tenués, estaban obligados á moverse en virtud de fuerzas inherentes á la materia. Consistía la salud en la exacta relación de forma y volumen entre los átomos y los poros á cuyo través corrían; pero desde el momento en que se rompía la exacta correspondencia entre átomos y poros, la salud se trastornaba: este trastorno, es decir, el estado patológico, no podía constituirse sino de dos maneras: por estrechez ó por dilatación de los poros; de aquí la célebre clasificación *nosológica de los metódicos en enfermedades per strictum, per laxum y per mixtum*.

En este sistema el organismo es considerado como enteramente pasivo: en él no existen reacción, espontaneidad, tendencias naturales.

Como se ve, los dos sistemas anteriores eran diametralmente opuestos: el uno atribuye los fenómenos patológicos á la actividad natural del organismo; el otro le supone siempre pasivo. Pero si se reflexiona atentamente es fácil comprender que en el desenvolvimiento de una enfermedad el organismo es á la vez activo y pasivo. Supóngase, por ejemplo, que el organismo sufre á consecuencia de un traumatis-

mo, en este caso es pasivo si se considera el dolor local, la conmoción, etc.: pero evidentemente es activo si se atiende á la turbación general de las funciones: pues esta turbación es una serie de *actos reaccionales*.

3º Un tercer grupo de médicos, encabezado á lo que parece por Filino y Serapión, creía que la causa próxima ó el fenómeno primitivo de las enfermedades era inaccesible á la observación: creía igualmente, por una lógica consecuencia, que todo lo que se afirma á este respecto es arbitrario, hipotético é incapaz de ser tomado en seria consideración, para elegir un tratamiento racional.

Pretendían, pues, que en la descripción y cura de las enfermedades no se tuviesen en cuenta sino los fenómenos susceptibles de caer bajo la jurisdicción de los sentidos. El conjunto de estos fenómenos constituía á sus ojos todo lo que se podía conocer y afirmar tocante á las enfermedades.

Enseñaban, por último, que en cada caso clínico se debían emplear los remedios que parecían haber sido útiles en casos análogos, sin acordar la menor atención á la causa juzgada ó sospechada próxima, esencial ú oculta, cuya manera de obrar, decían, nada revela.

Como sus razonamientos no iban más allá de las cosas que pueden ser asunto de observación y experiencia, se llamaron *empíricos*.

Descúbrese á primera vista que la doctrina de estos sectarios médicos se deriva directamente de la filosofía escéptica, que no estimaba como conocimientos ciertos y positivos, sino las sensaciones.

Muchos médicos no adoptaron en su integridad ninguno de estos sistemas, sino que de cada uno de ellos tomaban lo que les parecía más conforme con la razón y la experiencia, y por esta causa se llamaron *ecléticos*: otros, ampliando aun el programa del eclecticismo, buscaron el conocimiento en todos los manantiales y tomaron el nombre de *episintéticos*.

Hacer una elección razonada de todo lo bueno que encierran las diferentes doctrinas, es algo muy loable, y que denota elevación de miras ¿pero qué reglas tenían los ecléticos para hacer su elección? ¿qué principio les guiaba para discernir la verdad del error, la realidad de la apariencia, lo bueno de lo malo? Afirman que siguen siempre la voz de la razón y la experiencia sin dejarse sugestionar por ninguna idea sistemática, por ninguna preocupación

¿pero en dónde están las pruebas? Si la razón individual es su único criterio, entonces el eclecticismo no puede ser ni teoría, ni sistema, y dos que se llamen eclécticos pueden no tener otra cosa de común sino el nombre.

Los principales sistemas de medicina que han aparecido en la serie de los tiempos, pueden clasificarse así: *vitalistas*, *materialistas* y *dinamistas*, oriundos respectivamente del espiritualismo, del materialismo y del panteísmo.

Hay en el vitalismo dos escuelas: la una admite una *fuerza vital* como causa directa del funcionalismo orgánico, y distinta del alma humana como principio de la razón y la conciencia; la otra llamada *animista*, atribuye al alma el funcionalismo de los órganos.

Los materialistas se dividen en físico-químicos y anatómicos: los primeros quieren explicar los fenómenos de la vida por medio de las propiedades y leyes generales de la materia; los segundos reconocen algo especial en las fibras y células orgánicas, por medio de lo que, se acomoda la materia á las leyes físico-químicas.

En fin, los dinamistas admiten la existencia de *propiedades vitales* que se exteriorizan por medio de los fenómenos de sensibilidad y contractilidad; consideran estas propiedades como inmanentes á los tejidos anatómicos, y constituyen, en concepto de los partidarios de este sistema, la causa única del funcionalismo orgánico.

Dentro de estas tres secciones tienen cabida el *misticismo*, el *naturismo*, el *animismo*, el *vitalismo propiamente dicho*, el *mecanicismo*, el *fisicismo*, el *quimismo*, el *organicismo*, el *órgano-dinamismo*, el *termalismo*, el *positivismo* y otros más.

Sería ocioso insistir en la inmensa, en la capital importancia que tiene la teoría; esto es un axioma, dice el profesor *Baillaud*.

El Dr. *Aubert* en su "*Tratado de filosofía médica*," se expresa así: "Estemos convencidos de una cosa, que no hay ni un práctico que no tenga siquiera su poco de teoría, y aun de que en el lecho del enfermo no esté dominado por su teoría, en atención á que es necesariamente en razón de alguna idea falsa ó verdadera, sabia ó loca, científica ó vulgar, como el médico, aun el más limitado se determina ó es conducido automáticamente á obrar de tal manera más bien que de tal otra; y aun es esto verosímilmente

lo que ha hecho decir con infinita razón, que la práctica sufría siempre el yugo y las exigencias de las teorías, aun de las más mezquinas."

En el mismo sentido discurre el Dr. *Schützenberger*.

¿Pero cómo podremos conocer en cada una de las teorías médicas en dónde termina la verdad, y en qué punto empieza el error? ¿De qué modo se podrá distribuir con equidad el elogio y la censura?

Pues el examen razonado y crítico de estas teorías es justamente el campo de acción de la historia de la medicina: el historiador de esta ciencia debe recorrer el inmenso horizonte de las teorías, provisto de un guía fiel que le dirija en su excursión: para apreciar debidamente el valor de esos sistemas, necesita proveerse de un criterio fijo que le permita discernir lo real de lo aparente, la verdad del error, lo bueno de lo malo; y este criterio no puede ser otro que el *criterio experimental*, complementado con una razón firme y serena, y robustecido con prolongada experiencia.

La historia de la medicina abraza cuatro grandes épocas ó edades.

La primera comienza en la infancia de las sociedades y concluye al finalizar el 2º siglo de la era cristiana, á la muerte de Galeno. Esta es la edad de fundación ó de constitución de la medicina: es la época de sus más grandes vicisitudes; nacida del instinto del hombre, de la necesidad de remediar sus dolencias, pasa al dominio sacerdotal; es cultivada y enseñada por los más célebres filósofos, é independida de éstos por Hipócrates. Este gran hombre traza los fundamentos de la ciencia médica, y el conjunto de sus doctrinas llega á formar un verdadero sistema.

Más tarde sobreviene una época de confusión y anarquía y los más escandalosos abusos en el ejercicio y práctica del arte, hasta que surge la grandiosa figura de Galeno, que encauza de nuevo el torrente de las teorías; comenta, amplifica y extiende el naturismo hipocrático; funda la fisiología experimental, y su sistema domina con imperio absoluto durante largos siglos.

Muchas ramas del arte de curar como la sintomatología y el pronóstico adquieren un grado notable de perfección.

La segunda edad ofrece poco material histó-

rico: cesan las luchas y las discusiones; se confunden las sectas médicas y el arte se mantiene estacionario; fúndase la escuela de Salerno y Federico II reglamenta los estudios y el ejercicio de la profesión médica. Aquella famosa escuela en su segundo período, y la árabe después, no constituyen sino formas especiales del Galenismo. Esta época es llamada de *conservación*.

La tercera, ó de *renovación* comienza en el siglo XV, y ofrece un espectáculo halagador: ciencias, bellas artes, comercio, industria é instituciones sociales experimentan grandes transformaciones.

Esta época termina con el siglo XVIII.

La cuarta edad ó de *perfeccionamiento* comprende el siglo XIX, el siglo de Pasteur, Bernard, Cohnheim, Virchow, Trousseau, Lister, Jaccoud y Ramón y Cajal.

Las tres primeras edades se subdividen en ocho períodos: cuatro corresponden á la primera y dos á cada una de las restantes.

El primer período ó *primitivo*, termina con la ruina de Troya, casi doce siglos antes de Jesucristo.

El segundo ó *místico*, concluye con la disolución de la sociedad pitagórica, cerca de quinientos años antes de nuestra era.

El tercero, llamado *filosófico*, llega hasta la fundación de la biblioteca de Alejandría, el año 320 antes de la era cristiana.

El cuarto, ó *anatómico*, da fin á la primera edad, es decir, se termina el año 200 de la era cristiana.

El quinto ó *período griego*, se extiende hasta la destrucción de la biblioteca alejandrina, el año 640.

El sexto ó *arábigo*, concluye con el siglo XIV.

El séptimo comprende los siglos XV y XVI, y se llama *erudito*.

El octavo, en fin, conocido con el epíteto de *reformador*, abraza los siglos XVII y XVIII.

#### SEÑORES ACADÉMICOS:

Si no me equivoco, es esta la vez primera que se ocupa vuestra atención con una lectura de índole histórica: despertar en esta docta corporación el interés por este linaje de estudios: provocar que personas competentes les consagren alguna parte de su tiempo; y promover, si dable fuere, la creación de una sección espe-

cial dedicada á la historia de la medicina, son los móviles que me determinaron á leeros este modesto trabajo.

México, 4 de febrero de 1903.

T. NORIEGA.

## CLINICA EXTERNA.

### DATOS PARA EL ESTUDIO DEL LLAMADO SINCISIOMA.

Desde el año de 1893 en que Saenger describió con el nombre de deciduoma maligno un neoplasma especial, que se desarrolla en la pared de la matriz, hasta la fecha actual, en que se conocen las variedades de dicho tumor, es tanto lo que se ha escrito sobre el particular, que parece ocioso referir algo relativo á este asunto; más como á pesar de esta abundante literatura, los puntos capitales concernientes á la patogenia de la neoplasia no están aun definitivamente resueltos, vale la pena y está perfectamente justificado enriquecer la casuística de este asunto con observaciones, aun cuando no sirvan más que para apoyar tales ó cuales miras.

En este concepto voy á ocupar la atención de los señores Académicos, refiriéndoles algunos detalles que tocan á la patogenia del llamado deciduoma ó sincisioma, con motivo de una enferma operada por el Sr. Dr. Villarreal, enferma cuyos órganos genitales internos, tuve oportunidad de examinar.

Los datos clínicos que bondadosamente me han sido proporcionados por el Sr. Dr. Villarreal, son los siguientes:

S. C., febrero 4 de 1903.

Sr. Dr. Manuel Toussaint.

Muy distinguido amigo y compañero: Me complace en extremo que su trabajo reglamentario haya sido inspirado por un caso de mi clientela y más me complace poder alguna vez corresponder á la deferencia que Vd. siempre me ha dispensado, proporcionándole la historia clínica de dicho caso, tal cual Vd. la desea.

El 27 de diciembre próximo pasado fué, en unión de mi amigo, el Dr. Francisco Armendariz, á ver á una señora, á quien él venía acompañando desde Chihuahua, que padecía